

CAPÍTULO I

EL KURAKA APU PUMA

Un rumor misterioso, como el zumbido de miles de abejas gigantes, comenzó lentamente a agitarse desde el otro lado de las cumbres rocosas. A pesar de que era una mañana soleada, el rumor se convirtió en un retumbar de truenos. La Tierra pareció temblar, las piedras sueltas de las laderas rodaron levantando pequeñas nubes de polvo y la montaña arrojó diez mil guerreros que bajaron por el camino empinado.

Adelante, cubiertos con la piel y la cabeza de puma, iban los que tocaban los *wankar*¹, tambores de guerra, algunos confeccionados con piel humana. Luego venían los lanceros con los rostros pintados, y sus lanzas decoradas con plumas y borlas. Seguían los arqueros con sus flechas de carrizo y puntas de hueso que colgaban a su espalda dentro de un carcaj de piel de llama. Después los honderos, llevando en sus manos las temibles *warakas*² para lanzar piedras y las pesadas porras.

¹ *Graña panandina, oficializada el 18 de noviembre de 1985.*

² *Los plurales están castellanizados para facilitar la comprensión del texto.*

Un gran número de barredores limpiaba el camino, de tal manera que no quedaran ni una sola piedra ni hierba a la vista.

El viento trajo el ulular triste de los *pututus*, las trompetas de caracola que tocaban los *chaskis*, los mensajeros de postas que bajaron corriendo la montaña.

La gente de los alrededores se acercó curiosa.

Una litera de oro, llevada en hombros, avanzaba ceremoniosamente. De un lado estaban esculpidas las imágenes del Sol y de la Luna y del otro, las de dos culebras entrelazadas. De las andas salían dos arcos altos hechos de oro y piedras preciosas de donde colgaba una cortina morada, de tal manera que la persona que se encontraba dentro no podía ser vista.

Un murmullo de miedo y asombro salió de la muchedumbre al reconocer la litera, y la gente se arrodilló a los lados del camino gritando:

—¡*Ancha jatun apu!* ¡*Intipachuri!* ¡Grande y poderoso Señor! ¡Hijo del Sol!

—¡*Ancha jatun apuuuuuu!* ¡*Intipachuriiiiiii!*

Dentro de la litera se encontraba el *sapa inka*, rey de reyes, el hijo del Inti, el dios Sol, el único mortal que podía *beber* su luz. Era Tupak Yupanki, el Resplandeciente, décimo primer *sapa inka* y segundo emperador del Tawantinsuyu, el imperio de los cuatro suyos, las cuatro regiones del mundo.

Tupak Yupanki volvía a la *jatun llakta*, la gran ciudad del Cusco, corazón y cabeza del Tawantinsuyu, luego de varios años de guerra. Regresaba de Suvanpali, en el Chinchaysuyu, la región donde se podía observar al Sol en su mayor esplendor mientras recorría el firmamento. Años más tarde, su hijo Wayna Kapak, quien había nacido allí, cambiaría el nombre de Suvanpali, por el de Tumipampa en honor a su *panaka*, el clan al que pertenecía.

Era el mes de enero de 1485. En ese mes se celebraba la festividad del Mayukati, en honor de las aguas de los ríos que iban a dar en la Mama Kucha. En esta fiesta, el *sapa inka* acostumbraba a invitar a todos los que vivían alrededor del Cusco, especialmente a los llamados *inkas de privilegio*, para compartir con ellos estos rituales.

A la entrada de la ciudad, los guerreros se abrieron en dos columnas para dejar paso a la litera. Aunque Tupak Yupanki tenía su propio palacio, esta vez sería llevado hacia el Kurikancha, recinto de oro, el templo dedicado al dios Sol, y el lugar más sagrado de la ciudad.

En la plaza mayor, Awkaypata —que estaba cubierta por arena fina traída del mar—, la gente —en su mayoría de la nobleza *inka*— también se arrodilló al paso del soberano. Entre ellos, un hombre mayor con grandes discos de plata insertados en los lóbulos de sus orejas observaba el paso del *inka*. Era el *kuraka* Apu Puma, Jefe León, quien se encontraba en la ciudad para celebrar las festividades de ese mes. Esa misma mañana había sido notificado por mensajeros que el soberano quería hablar urgentemente con él. Esto lo hacía sentirse inquieto. Generalmente, cuando el *inka* quería ver a uno de sus súbditos con tanta urgencia no era un buen augurio.

Los *kurakas* eran jefes de los pequeños o grandes reinos que habían sido conquistados por los *inkas* y Apu Puma era el líder de un antiguo y noble pueblo de *kullanas*, las primeras familias que originalmente habitaron en el Cusco antes de la llegada de los *inkas*. Ahora, su gente llevaba el título honorífico de *inkas de privilegio*.

Apu Puma se puso de pie una vez que la litera pasó de largo por la plaza. Justo en ese momento sintió que una mano lo tomaba por la *llakulla*, su capa de fina alpaca. Cuando volteó la cabeza se encontró con Urku Amaru, Serpiente de Cerro, uno de los sacerdotes del templo del Sol.

El *kuraka* tiró con desprecio el filo de su capa, obligando al sacerdote a soltarla. No sentía ninguna simpatía por Urku Amaru, quien era conocido en el imperio por sus acciones malvadas y su falta de cortesía.

–Saludos, Apu Puma. La Luna ha muerto doce veces desde la última vez que nos vimos –saludó el sacerdote.

–Saludos, Urku Amaru –contestó el *kuraka*–. No he tenido motivos de pedir autorización para venir a esta *llakta*.

–¿Ni siquiera para saber cómo está Kispi Sisa? ¿Ni cuando será sacrificada al dios Sol? –continuó el sacerdote con una sonrisa falsa.

Al escuchar el nombre de su nieta favorita, Apu Puma apretó sus dientes con fuerza. La niña había sido traída al Cusco hacía un año para ser una *aklla*. Las *akllas*, las escogidas, eran las niñas más hermosas, a quienes llevaban al *akllawasi*, el recinto donde aprendían las artes del tejido y permanecían encerradas hasta volverse adolescentes. El *inka* tomaba de entre ellas a sus esposas secundarias o las daba en matrimonio a otros nobles. Algunas se quedaban como *mamakunas*, las sacerdotisas del templo, y otras eran sacrificadas al dios Sol.

–No sabía que Kispi Sisa iba a ser sacrificada al Inti. Es un honor para nuestro *ayllu*, nuestra familia –dijo el *kuraka* tratando de que no le temblara la voz.

Urku Amaru se rió socarronamente y empezó a mascullar algo, pero el *kuraka* lo interrumpió. Ya no se veía la litera del *inka*, lo cual indicaba que el soberano había entrado al Kurikancha para dar audiencia a las personas con las que quería hablar.

–Debo marcharme. Tengo una cita importante –dijo Apu Puma secamente y empezó a caminar.



–Camina, amigo, camina, que caminar es lo que vas a hacer por largo tiempo –Urku Amaru repuso con voz burlona.

Apu Puma se detuvo y, volviéndose, se dispuso a preguntar el significado de tan extrañas palabras. Pero el sacerdote del Sol había desaparecido misteriosamente y en su lugar vio a una serpiente escurrirse hábilmente por una hendidura entre las piedras.



El *sapa inka* llevado en andas

Estos dibujos forman parte de un libro escrito e ilustrado por un príncipe *inka de privilegio* llamado Felipe Guamán Poma de Ayala, quien envió el manuscrito al rey Felipe III de España. El manuscrito se extravió durante siglos y fue encontrado en Dinamarca por el científico alemán Richard Pietschmann a principios del siglo XX.

CAPÍTULO II

EL SAPA INKA

Aunque era un honor para cualquier familia que una de sus hijas fuera escogida para ir a beber la luz del Inti, Apu Puma se sentía profundamente apenado al saber que su nieta Kispi Sisa, Flor de Cristal, sería sacrificada. Por esa razón –y sin pensarlo– oró con toda la fuerza de su corazón a su dios personal, el Puma, león de las montañas, para que no fuera así. No obstante y casi de inmediato, sacudió su cabeza bruscamente para alejar estos pensamientos irreverentes y se dirigió rápidamente hacia el Kurikancha, considerado el centro de la ciudad, que estaba situado en la parte llamada Urin Cusco. El río Huatanay dividía a la ciudad en dos mitades: Anan Cusco por encima del río y Urin Cusco por debajo del río. Esta división también se hacía con los *ayllus*, las familias, dividiéndolas en las *anan ayllus* y en las *urin ayllus*.

El Kurikancha era un templo enorme cubierto por planchas de oro. Las piedras de las paredes estaban pegadas una a la otra sin ningún material, de manera tan compacta que entre ellas no

podía entrar la punta de un cuchillo. Sobre la pared de piedra había otra de adobe donde se asentaban vigas de madera que sostenían el techo de paja, que estaba decorado con mantos tejidos de plumas de aves de la selva y rodeado de un borde de oro de casi un metro de ancho. Delante del aposento, donde se creía que el Sol dormía, había un jardín primoroso lleno de figuras de niños jardineros, de plantas, legumbres y maizales, árboles, pájaros, llamas y otros animales hechos de oro y plata. En el recinto principal había un disco muy grande de oro macizo que despedía rayos y representaba al dios Sol, y que, en ciertas ocasiones, estaba rodeado por los cuerpos momificados de los antiguos soberanos *inkas*. En el Kurikancha también se encontraban los aposentos de Mama Killa, la diosa Luna, y de Illapa, el dios Rayo.

Apu Puma pasó por delante del jardín de oro caminando despacio, contando las estatuas de dieciséis llamas que se veían en la mitad del jardín junto a una fuente, donde algunas aparentaban beber el agua. Viró hacia la izquierda y entró por la puerta principal al recinto donde estaba el *inka*. Dos sacerdotes del Sol, vestidos con túnicas blancas, le entregaron una piedra de regular tamaño. El *kuraka* puso la piedra en el suelo y desamarró las tiras de cuero que sujetaban sus sandalias. Ya descalzo, tomó la piedra y la sujetó con ambas manos a su espalda, de manera que le obligaba a caminar inclinado. Esto se debía hacer para demostrar respeto al soberano.

El *inka*, Tupak Yupanki, se encontraba sentado sobre su *tyana*, un pequeño banquito de oro. Llevaba el cabello tan corto, que a la distancia daba la impresión de no tener pelo. Esto permitía ver claramente su cráneo muy alargado y deformado a propósito desde la niñez. Los lóbulos de sus orejas eran tan largos que le llegaban hasta los hombros, y dentro de ellos estaban encajados dos círculos grandes de oro que simbolizaban el dios Sol. Desde pequeño le habían dilatado los lóbulos de las orejas insertándole primero pedazos de madera, y luego discos de metal. El soberano

no lucía los signos de su poder: la *mayskaypacha*, la borla real de color rojo sangre que caía sobre sus ojos desde el *llawtu*, el cordón real ceñido a su cabeza. Dos plumas blancas y negras de *kurikinki* adornaban su tocado de oro. Sus rodillas y tobillos, amarrados con largos flecos rojos, recordaban las patas de algún pájaro exótico.

Apu Puma se acercó caminando lentamente, su corazón latía con terror como siempre que tenía que enfrentarse a Intipachuri —el hijo del Sol—, a quien todos adoraban como un dios. Con los ojos aún bajos, llegó hasta media habitación, donde fue detenido por uno de los sacerdotes. El soberano todavía estaba comiendo. Dos *akllas*, las mujeres escogidas, sujetaban delante de él un plato de oro y otro de plata con carne de llama y frutas, de los cuales el *inka* comía con los dedos. Otra sostenía un pedazo de sal, en caso de que el soberano quisiera lamerlo para sazonar su comida. La *kuya* —reina y hermana del *inka*— se encontraba de pie a su derecha y lucía una *lliklla* —su manto— de color escarlata con dibujos de líneas triangulares en los filos, la que sujetaba con un *tupu* de oro, un broche en forma de alfiler grueso con cabeza redonda y plana, decorado con piedras preciosas. Debajo llevaba un *anaku* anaranjado con diseños escarlatas que hacían juego con el resto de su indumentaria. Cubría su cabeza una *ñañaka*, la tela doblada que usaban las mujeres nobles del Cusco. Cada *sapa inka*, para mantener puro su linaje, tenía que casarse con su hermana, y ella era la esposa principal, la reina, aunque también podía tener muchas otras esposas secundarias.

El traje del *sapa inka* era de una tela finísima, tejida con pelo de vicuña, llamada *kumpi*, con dibujos geométricos, los *tukapus*, que solo los nobles podían lucir. El vestuario de este soberano tenía colores y decorados específicos que nadie más podía utilizar. Si un poco de comida caía sobre su indumentaria, el *inka* se cambiaba inmediatamente y esa ropa era quemada y sus cenizas ofrecidas a los dioses; por lo tanto, no era nada raro que se cambiara de traje

hasta seis veces al día. El *sapa inka*, el único rey, jamás se ponía la ropa ni el calzado por segunda vez, además era sumamente aseado, puesto que se daba baños diarios en piscinas y pozas con aguas termales conducidas por medio de caños.

Tupak Yupanki se lavó las manos en una vasija de oro, secándose las enseguida en un lienzo ofrecido por la *kuya*, quien luego se alejó sigilosamente. El *inka* hizo una señal con la mano para que también las *akllas* se retiraran y se acomodó en su silla. Dos sirvientes sostenían una tela delante de su rostro para que nadie pudiera mirarlo directamente a los ojos.

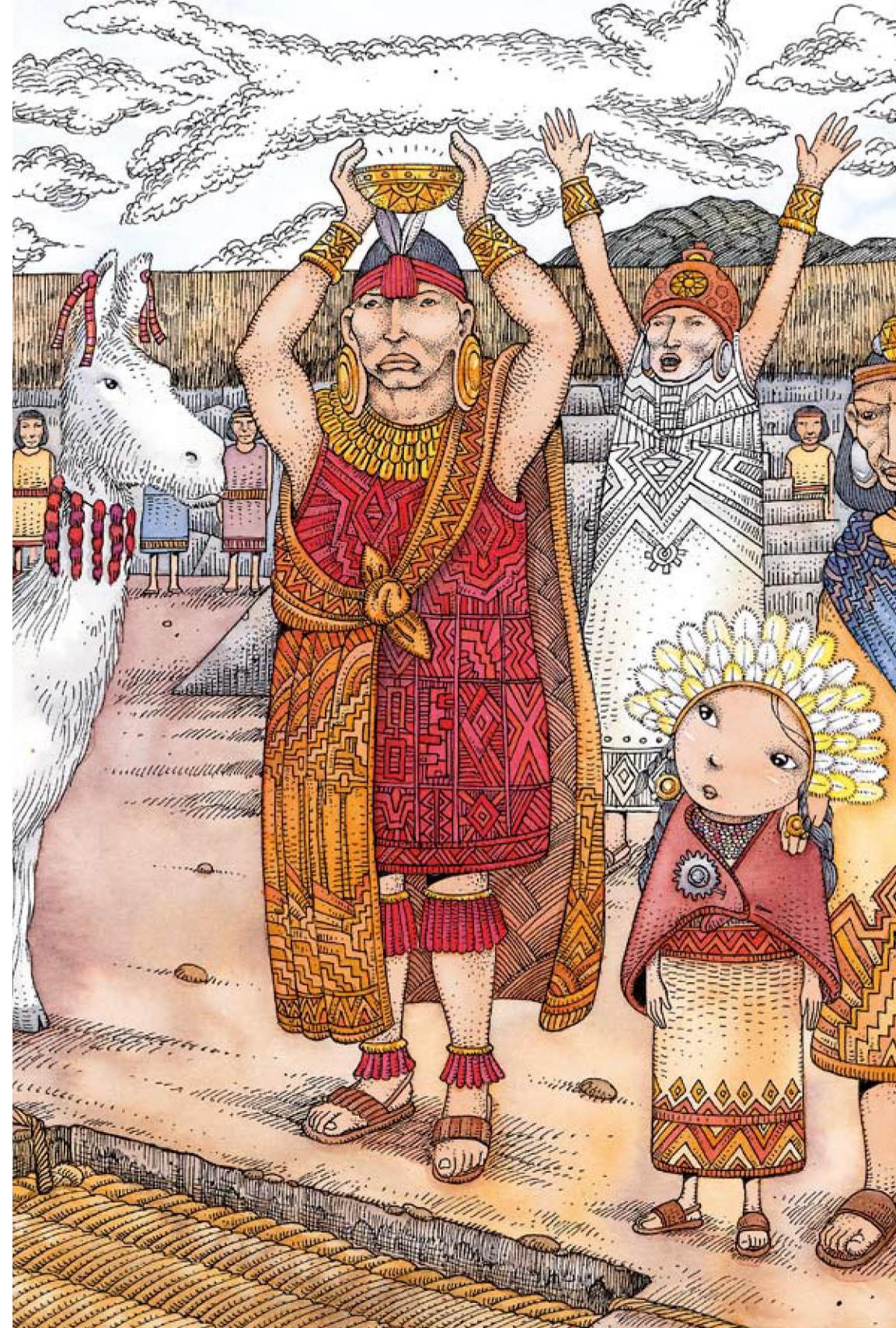
Apu Puma volvió a caminar y esta vez nadie lo detuvo hasta llegar muy cerca de Tupak Yupanki. Una vez allí, el *kuraka* se puso a hacer *mucha*, un rechistar con la lengua y los labios que significaba respeto a los soberanos.

—Saludos, gran *kuraka*, Apu Puma —saludó Tupak Yupanki. Era un hombre fuerte, no muy alto, de cuerpo musculoso y voz suave que ocultaba una voluntad de hierro. En su mano sostenía el *yawri*, el cetro real.

—*Ancha jatun apu, Intipachuri, kanki sapallapu tukuy pacha campa uyay sullul!* ¡Grande y poderoso Señor, hijo del Sol, tú solo eres Señor, toda la Tierra mundo te alaba en verdad! —exclamó Apu Puma, dejando la piedra en el suelo y acostándose a su lado.

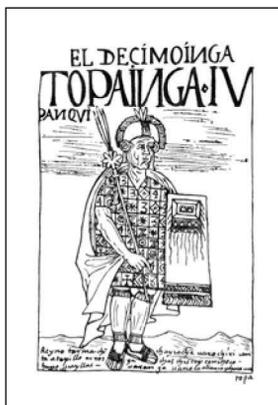
Tupak Yupanki le indicó que se pusiera de pie. El *kuraka* lo hizo pero sin atreverse a levantar la mirada.

—Muchas lunas han muerto desde que mi padre, Pachakutik comenzó sus conquistas, y yo las he continuado y extendido hasta casi los confines del Chinchaysuyu —dijo Tupak Yupanki con voz sonora—. El Kapak Ñan —el gran camino— unirá al imperio, pero necesitamos contar con *tampus* donde abastecer a los viajeros. Tambococha es un *tampu* real en el lugar más estratégico e importante del Norte, por lo tanto debe ser administrado por gente leal,



sabia y valiente... El *inka* se puso de pie, extendiendo una mano sobre el *kuraka*, y continuó—: Tú y tu pueblo, Apu Puma, irán a administrar Tambococha, en Cusibamba, la Llanura de la Alegría en el Chinchaysuyu.

Apu Puma se sorprendió tanto que casi levantó el rostro para mirar al *inka* de frente. ¡El Chinchaysuyu! ¡Había escuchado que en una parte del Chinchaysuyu el Sol subía y bajaba en línea recta! ¡Ahora podría ver este portentoso con sus propios ojos!



Inka Tupak Yupanki